

« hueco de la mano, satisfacía á esta necesidad. Vosotros
« os adornais con ropas tejidas de oro y él andaba más mal
« vestido que el más infimo de vuestros esclavos. Pero el cielo
« se abrió á este pobre y vuestra magnificencia no os impedirá
« de ser precipitados á los infiernos. Desnudo como estaba,
« él ha conservado la blanca vestidura de su bautismo, y voso-
« tros, con vuestros soberbios vestidos, la habeis perdido.
« Pablo resucitará glorioso, aunque al presente esté cu-
« bierto de un polvo vil, y los sepulcros, tan ricamente
« adornados, que encierran vuestras cenizas, no os libra-
« rán del fuego eterno. Tened piedad de vosotros mismos.
« Ahorrad al menos esos bienes que tanto amais. ¿ Por-
« qué sepultar los cadáveres en oro y seda y porqué con-
« servar la vanidad en medio de los suspiros y de las lágri-
« mas? Los cuerpos de los ricos ¿ no sabrian tambien pu-
« drirse sin esas preciosas telas?

« Quienquiera que seas, tu que esto lees, acuérdate, te
« ruego, del pecador Jerónimo, el cual, si Dios le diese á
« escoger, preferiria más la pobre túnica de Pablo, con sus
« méritos, que la púrpura de los reyes con todo su po-
« der».

SAN ANTONIO,

PRIMER PADRE DE LOS SOLITARIOS DE EGIPTO.

Como San Pablo, San Antonio tuvo por historiador, y como hoy se diria por biógrafo, á uno de los padres de la Iglesia, San Atanasio patriarca de Alejandria. Atanasio, á quien hasta los enemigos mismos de nuestra fe quieren por cierto colocar entre los grandes hombres, habia visitado fre-

cuentemente á San Antonio en el desierto. Él lo recuerda en la siguiente carta, dirigida á los solitarios de las provincias alejadas para las cuales principalmente habia escrito la vida del santo :

« Es un muy ventajoso combate el en que os habeis metido de igualar vuestra virtud á la de los solitarios de Egipto y aun de procurar sobrepujarles por una generosa emulacion. Hay ya entre vosotros muchas casas de solitarios en donde la disciplina religiosa es muy bien observada. Todo el mundo alabará con razon vuestro designio y Dios concederá sin duda á vuestras oraciones el feliz cumplimiento de vuestros deseos. Por esto, viendo que me pedis con instancia que os haga una relacion de la manera de vivir del bienaventurado Antonio y que deseais conocer de qué modo empezó á seguir una profesion tan santa ; quién era él antes, cuál fué el fin de su vida y si las cosas que de él se publican son verdaderas, á fin de poder entrar todavia en una mayor perfeccion por su imitacion y su ejemplo, he emprendido con sumo gusto lo que me ordena vuestra caridad, porque yo, por mi parte, no sabria ponerme ante los ojos las santas acciones de Antonio sin sacar de ellas un gran provecho ; y estoy seguro que oíreis con tanta admiracion lo que os diré, que esto hará nacer en vosotros un ardiente deseo de seguir los pasos de este gran siervo de Dios, puesto que para solitarios, el saber cuál ha sido la vida de Antonio es conocer el verdadero camino de la perfeccion.

« No temais, pues, el dar crédito á lo que de él se os ha dicho y creed más bien que ello no es sino una pequeñísima parte de sus excelentes virtudes. Porque ¿ cómo hubiera sido posible informaros de todo enteramente, cuando todo lo que yo os escribiré de él en esta carta, despues de haber registrado minuciosamente mi memoria para satisfacer á vuestro deseo, de ningun modo iguala á sus acciones? Y

vosotros mismos informaos cuidadosamente de lo que pasa en vosotros, por que aun cuando cada uno cuente lo que hace, será muy difícil el hacer de todo una relacion que responda á la dignidad del objeto.

« Yo habia pensado, despues de recibidas vuestras cartas, enviar á buscar á algunos solitarios y sobre todo á los que frecuentemente iban á visitarle, á fin de que, estando mejor informado, pudiese daros un conocimiento más particular ; pero, porque pasaba ya el tiempo de navegacion, y el que me ha entregado vuestras cartas tenia que volverse, me he apresurado á satisfacer á vuestra piedad, escribiéndoos lo que yo sé por mi mismo, por haberlo visto frecuentemente, y lo que he podido aprender de un solitario, que há morado mucho tiempo con él, y que muchas veces le daba á lavar las manos. En todo he tenido cuidado de atenerme á la verdad, de la cual creo teneros que advertir, á fin de que, si alguno oye narrar de él hechos aun más grandes que los que yo os citaré, esta multitud de maravillas no disminuya en él la creencia de los mismos ; y que si, por el contrario, él no aprende del mismo sino cosas que estén debajo de su mérito, esto no le lleve á despreciar á un tan gran santo ».

San Antonio era egipcio, de un pueblecito llamado Coma ó Coman, en el territorio de Heraclea ¹, entre el Bajo-Egipto y la Tebaida. Nació, siendo emperador Decio, en el año 251 de Jesucristo, de padres nobles y cristianos, que procuraron grandemente conservarle en la inocencia. A esto respondió él por su parte tan fielmente, que no quiso aprender las letras humanas en las escuelas, por miedo de entrar en comunicacion con los otros niños, que hubieran podido pervertirle, sino que se quedaba retirado en casa, no saliendo casi de ella sino para ir á la Iglesia ; y cuanto más

¹ La historia antigua menciona seis poblaciones de este nombre. Heraclea de Egipto ha desaparecido.

crecia en edad, tantas más pruebas daba de su sabiduría, de su docilidad y de su piedad.

A la edad de diez y ocho ó veinte años, murieron sus padres y le dejaron heredero de sus bienes, que eran considerables ; y seis meses despues, habiendo entrado en la Iglesia y habiendo oido leer aquellas palabras de Jesucristo : *Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, dalo á los pobres y sígueme* (Mat. 12), miró este oráculo como un consejo que le era dirigido personalmente ; y para empezar á conformarse con él, abandonó ciento cincuenta yugadas de excelente tierra que poseia, á los de su pueblo, y vendió sus muebles cuyo dinero dió á los pobres, no reservando de él sino una parte para una hermanita que tenia.

Otra vez, habiendo tambien oído aquellas otras palabras del Salvador : *No os preocupéis por el dia siguiente* (Math. 6), acabó de distribuir á los pobres lo que le quedaba, metió á su hermana en un monasterio de vírgenes, y salió de su casa para abrazar la vida ascética.

No habia entonces en Egipto muchas casas de solitarios. Solo se veian algunos piadosos cristianos que, proponiéndose imitar á los fieles de la naciente Iglesia, vivian en lugares alejados del tumulto del mundo, ejercitándose en la oracion y mortificacion, ya sea que morasen solos, ya que algunos se uniesen formando juntos una especie de comunidad.

Para no meterse sin guia en las espinosas sendas de este nuevo estado, Antonio se propuso imitar á un santo anciano que, desde su mocedad, llevaba la vida de los ascetas. Visitaba asimismo á los otros solitarios, observando en cada uno de ellos la virtud en que sobresalia, á fin de practicarla tambien él ; y volviéndose luego á su celda, dividia allí todo el tiempo entre la oracion, la lectura de los libros santos y el trabajo de las manos, cuyo precio em-

pleaba para alivio de los pobres, no reservándose más que lo únicamente necesario. Por este medio, adquirió una piedad tan ferviente que muy pronto fué el objeto de la admiración y de las conversaciones de los otros solitarios. Los antiguos le querían como á hijo suyo, sus iguales como á su hermano, los más jóvenes como á su padre, y todos tenían puestos en él los ojos para edificarse con su ejemplo, y le daban por excelencia el nombre de Deicola, para expresar el fervor de su devoción.

El demonio, envidioso de la virtud de los santos, no tardó en hacer esfuerzos para vencer la de Antonio. Desde entonces empezó contra él una guerra tan cruel y porfiada, cuyos detalles no pueden oírse sin asombro. Por de pronto, empezó á inspirarle pena por haber abandonado el mundo, poniéndole ante los ojos del espíritu la nobleza de su estirpe, las grandes riquezas y placeres de que hubiera podido gozar, y quiso hacerle motivo de escrúpulo el haber dejado á su hermana y haberla privado, con su alejamiento, de su apoyo y sus cuidados. Por otra parte, representábale las dificultades de la virtud, la delicadeza de su complexión, la desigualdad entre sus fuerzas y los trabajos de la penitencia, los tedios y la aspereza de una larga vida pasada fuera del trato de los hombres y en una continua mortificación; y como Antonio parecía insensible á todas estas cosas, asedió su imaginación con una multitud de tristes y aflictivas imágenes, y le atormentó de día y de noche con tentaciones, de las que su edad todavía joven le hacía susceptible. Pero el Santo, armado con el escudo de la fé y de la penitencia, resistió con fuerza á todos estos ataques y combatió sobre todo con la consideración de las llamas eternas, las que el espíritu inmundo se enforzaba en encender en su cuerpo.

El demonio, vencido por esta parte, quiso tentarle por la vana gloria. Tomó la figura de un niño tan negro como

es su espíritu y fué á arrojarse á sus pies; después, con un aire triste y humillado, le confesó que se reconocía vencido. Pero Antonio, muy lejos de enorgullecerse, dió gracias á Jesucristo, y dijo en seguida al maligno espíritu que la figura que tomaba demostraba al mismo tiempo su fealdad y debilidad, y que en adelante no tendría gran motivo de temerle. Luego entonó aquellas palabras del Salmista: *El Señor es mi fuerza; yo despreciaré á todos mis enemigos* (ps. 117,) lo que hizo desaparecer al fantasma.

Esta fué la primera victoria de Antonio, ó más bien de Jesucristo en Antonio, quien no se creyó por esto con derecho al descanso; sino que considerando que la malicia del demonio es fecunda en artificios, se puso más que nunca en guardia y se entregó con tanto ardor á los trabajos de la penitencia que muchos estaban asombrados de ello. Solo comía una vez al día, después de la puesta del sol, y á veces estaba dos ó tres días sin probar bocado. Su alimento consistía en un poco de pan y sal, y su bebida era el agua. Pasaba frecuentemente la noche sin dormir, y, si descansaba, era sobre la desnuda tierra ó sobre juncos ó sobre un cilicio. Privábase de todos los gustos que podían halagar al cuerpo, diciendo que los jóvenes debían endurecerse con la pena más bien que buscar comodidades que les hacen delicados. No pensaba en el bien que había hecho, sino solamente en adelantar cada día en la virtud como si no hubiese hecho más que comenzar. Siempre estaba preparado para el combate, temiendo alguna sorpresa por parte de los enemigos de su alma. Procuraba finalmente presentarse todos los días delante de Dios con un corazón puro y dispuesto á obedecer á su divina voluntad.

Tales eran sus disposiciones cuando el deseo de un mayor retiro le hizo abandonar su morada para ir á ocultarse entre los sepulcros, en uno de los cuales se encerró, no habiendo confiado su secreto sino á uno de sus amigos, quien

todos los días le llevaba algo con que vivir¹. Este fué un nuevo campo de batalla en el que los demonios vinieron á atacarle abiertamente, por miedo de que, si le dejaban en reposo, muchos imitasen su ejemplo, y de que los desiertos se viesan muy pronto llenos de solitarios, como en efecto sucedió. Cierta noche le golpearon tan cruelmente, que su proveedor, habiendo venido al día siguiente, le encontró desvanecido y llevóle como muerto á la iglesia del pueblo; pero Antonio, habiendo poco á poco vuelto en sí, rogó á su amigo que le volviese á su sepulcro, en el que, no pudiendo tenerse en pié á causa de sus heridas, permanecía acostado en tierra, no cesando de orar y de desafiar á sus enemigos.

Su intrepidez encendió su furor; ellos se anunciaron con una horrible zaragata, como si hubiesen querido echar abajo el edificio, y le embistieron bajo diferentes figuras de leones, osos, tigres, serpientes, y otros animales salvajes, queriendo espantarle con sus gritos y sus silbidos, y lanzándose contra él como para devorarle. Hasta le hicieron algunas heridas y, en medio de este tumulto Antonio, á pesar de los golpes que le daban, dominaba á su alma con la paciencia y les echaba en cara su debilidad. « Si « pudieseis alguna cosa contra mí, les decía él, uno solo « de vosotros bastaría para abatirme; pero Dios os tiene « atados. En vano os juntáis en tanto número para espan- « tarme; no se necesita mejor prueba de vuestra impotencia « que la forma de animales irracionales que tomáis. Si Dios « os ha dado poder para dañarme, añadia ¿ porqué no lo « hacéis? Y si no os lo ha dado ¿ porqué os desgañáis con « vanos esfuerzos? La señal de la cruz y la fé que tengo en « mi Señor, son para mí una muralla inexpugnable ».

Así les hablaba Antonio. Los demonios, más irritados

¹ Estos sepulcros, muy numerosos en Egipto, eran edificios bastante considerables, construidos en forma de gruta.

por verse despreciados, rechinaban de dientes contra él en la desesperacion de vencerle. Entonces el Santo, levantando los ojos al cielo y llamando á Jesucristo en su ayuda, vió de repente abrirse el techo del edificio. Una celeste claridad le rodeó é hizo desaparecer todos los espíritus de las tinieblas. En esta luz reconoció la presencia de su Salvador, quien le llenó de consuelos y le curó sus llagas. Dirigióle Antonio amorosamente sus quejas con la confianza de un niño, y le dijo: ¿ « Dónde estabais, vos, oh buen Jesús, « dónde estabais? ¿ Porqué no habeis venido antes á curar « mis llagas »? Y oyó una voz que le dijo: « Antonio, es- « taba junto á ti y queria ser espectador de tu combate; « pero, porque has resistido valerosamente, yo te asistiré « siempre y haré célebre tu nombre por todo el mundo. » El Santo se levantó al instante para orar, como si nada hubiese sufrido y experimentó sensiblemente que Dios le habia dado mayores fuerzas de las que antes tenia. Era entonces de unos treinta y cinco años.

Después de este insigne fervor, ardiendo en deseos de adelantar cada día más en la perfeccion, proyectó internarse más en el desierto para entregarse con toda libertad á la virtud á la medida de sus fervorosos deseos. Propuso su designio á un santo anciano, del cual ya hemos hablado, invitándole á ejecutarlo juntos, pero este se excusó con su avanzada edad y con la novedad de la empresa. Así que Antonio siguió solo su plan y se retiró á las montañas.

El demonio, que no cesaba de perseguirle, le hizo ver en el camino una bacía de plata de un tamaño grandísimo. Pronto comprendió que esto no era más que una ilusion de su enemigo y le dijo con tono firme: « Esto es un lazo tuyo; pero no me impedirás mi viaje; ¡ perezca contigo tu plata! » Y al instante la bacía desapareció. Encontró también á sus mismos pies una gran masa de verdadero oro; porque él aseguraba después, contándolo á sus discípulos,

que este oro no era fantástico ; pero muy lejos de detenerse á contemplarlo, apresuró más el paso.

La morada que Dios le habia preparado en la montaña era una fortaleza arruinada, al lado oriental del Nilo. Esta vieja fortaleza estaba llena de reptiles, que huyeron para cederle el sitio. Allí se encerró él como en un templo, que consagró con una continua oracion. Siendo su intento vivir en un perfecto retiro, no permitió allí la entrada á nadie. Recibia solamente de seis en seis meses algunos panes que le echaban por encima del tejado. Los demonios no le dejaron allí en reposo ; sus amigos, que venían á hablarle por la parte de afuera, oían por dentro como un tropel de gente que hacia gran ruido y que le decia con furor : « ¿ Cómo has venido á alojarte en un sitio que no te pertenece ? ¿ Qué tienes que hacer en este desierto ? Retirate de aqui... ¿ piensas acaso poder resistirnos ? » Al principio creían que eran hombres que habian subido con escalas y que querian arrojarle de aquel lugar ; pero, habiendo mirado por una pequeña abertura, y no viendo á nadie, comprendieron que eran los espíritus malignos, de lo que quedaron tan espantados que llamaron á Antonio. El Santo les respondió desde dentro para darles ánimo ; exhortóles á pertrecharse con la señal de la cruz y les dijo que se retiraran sin ningun temor.

No se podía creer que sostuviese por largo tiempo tan rudos combates ; y todas las veces que sus amigos venian á verle, dudaban si le encontrarían todavia con vida. Pero tenian el consuelo de oírle cantar las alabanzas de Dios, sobre todo aquellas palabras del real profeta. *Levántese Dios y sean disipados sus enemigos. Los que le aborrecen, huyan de su presencia. Los pecadores sean exterminados delante de él, como se derrite la cera delante del fuego. Ellos me han rodeado por todas partes ; pero implorando el auxilio de Dios, he triunfado de mis enemigos.*

Así pasó cerca de veinte años, alabando á Dios sin cesar y luchando siempre contra los poderes del infierno, hasta que se vió obligado á acceder á las súplicas de un gran número de personas que iban ó á ponerse bajo su conducta ó á implorar su socorro para otros asuntos particulares. La primera vez que se mostró al público, todo el mundo se quedó admirado al verle en el mismo estado de salud que tenia antes de hacerse solitario. Ni estaba grueso por falta de ejercicio, ni extenuado por sus largos ayunos y sus frecuentes combates contra los demonios. Tenia la conversacion facil y el natural dulce y agradable ; la serenidad de su rostro expresaba la de su alma ; no daba señales de inquietud por verse rodeado de gente, ni de vanagloria por las muestras de estima y respeto que se le daban. Veíasele siempre igual, y en todas las cosas mostraba un juicio iluminado por el espíritu de Dios.

Capítulo II.

Henos aqui llegados á la época que podemos llamar de la mision de San Antonio, quien despobló las ciudades de habitantes y pobló los desiertos de colonias de santos. Multiplicáronse estos en gran número bajo su direccion. Sus milagros, las virtudes de las que daba heróicos ejemplos, sus exhortaciones vivas y ejecutivas hicieron tan fuertes impresiones que, como dice San Juan Crisóstomo (Hom. 8, in Math.), los desiertos de Egipto empezaron entonces á recibir el efecto de la bendicion que Jesucristo habia dado sobre este pais, cuando á él habia ido en su infancia, y á convertirse en un paraíso poblado de infinidad de ángeles, porque este nombre podia muy bien darse á los solitarios que lo habitaban.

El Santo, por su parte, no perdonó medio para hacerles adelantar en la perfeccion. Animábales con sus instruccio-